

Lunes, 22 de abril 2019

“Si la oración es obligación, ¿qué clase de oración es?”

Hch 2,14.22-33 Me enseña los senderos de la vida y me sacia de gozo.

Sal 15,1b-2ª.5.7-11 Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti.

Mt 28,8-15 No temáis: id a comunicar a mis hermanos.

David habló de lo que sabía de Dios de la resurrección del Mesías: “no lo abandonará en el lugar de los muertos”, “su carne no experimentará corrupción”. A este Jesús lo resucitó Dios, y nosotros somos testigos.

Jesús salió al encuentro, siempre toma la iniciativa, y les dijo: «Alegraos». Ellas experimentaron el miedo y el gozo de su presencia. Y las envió a anunciar a sus hermanos que está vivo, que ha resucitado; que vayan a donde tienen los recuerdos de su predicación, de su vida con ellos en Galilea; allí me verán. Recordarán y el Espíritu les irá mostrando su presencia viva. Muchas mentiras surgirán, pero la verdad verá la luz.

Exaltado, pues, por Dios y como había recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo para con nosotros, lo ha derramado sobre nosotros y por eso, lo podemos ver y oír. Por eso se me alegra el corazón, se gozan mis entrañas y mi carne descansa esperanzada. Jesús ya nos había prometido la presencia del Paráclito que nos lo haría ver. Nos dijo: No os dejaré abandonados; volveré a estar con vosotros, conoceréis que yo estoy en mi Padre, vosotros en mí y yo en vosotros.

Comulgamos para ser lo que recibimos. Comemos a Cristo para ser uno por él, con él y en él. Fundidos en la fragua de un amor crucificado para que sea más íntimo y personal y ser fecundos, porque él, su amor está en mí, en ti y que por medio de cada cual se manifiesta. ¿Acaso hay mayor gozo que ser el amor de Dios amando? Es Cristo que vive en mí (Ga 2,20). No temas, porque yo estoy contigo, yo soy tu Dios (Is 41,10).

Sábado, 27 de abril 2019

“Id y proclamad el Evangelio a toda la creación”

Hch 4,13-21 Estaban sorprendidos porque eran hombres sin letras ni instrucción.

Sal 117,1.14-21 Viviré para contar las hazañas del Señor.

Mc 16,9-15 Fueron a anunciarlo a los demás, pero no los creyeron.

La gente ve en la predicación, en el testimonio, lo convencidos, lo seguros que estamos y reconocen la relación que tenemos con Jesús y ven las actitudes, las obras que llevamos a cabo. No pueden negar lo evidente, por lo que sacan el escándalo, las individualidades. Siempre nos prohibirán, porque la carne está contra el espíritu. Pero para nosotros ¿es justo obedecer al mundo antes que a Dios? Nosotros no podemos menos de contar lo que hemos visto y oído.

La experiencia de que Jesús vive, nos impulsa, como a María, a darlo a conocer y gustar. Ella fue a anunciárselo a sus compañeros, que estaban de duelo y llorando. Y no la creyeron. Jesús les reprendió su incredulidad.

Jesús se nos hace presente de muchas formas y cuando ponemos dificultades para creer, se entristece, porque ya no puede hacer otra cosa si no le abrimos el corazón. Si vuelves a mí, yo te ayudaré a volver y te acompañaré.

¡Ay de mí, si yo no os diera lo que he recibido para vosotros! Él ya me ha pagado con su amor, y por eso me anima y me invita a que le deje hacer en mí lo mismo que hizo en su carne mortal.

Obremos, pues, no por el alimento perecedero, sino por el que permanece hasta la vida eterna. El pan que yo doy es para hacerlo carne para la vida del mundo. Si no coméis la Palabra, si no me coméis a mí, mi cuerpo, no tendréis vida en vosotros. El que no ama no tiene vida en sí. El que no bebe el padecer de los demás y el suyo propio, no participa de mí. Convertíos a mí y yo me convertiré a vosotros (Za 1,3).

Miércoles, 24 de abril 2019

“El Señor resucitado se da a conocer a quien lo busca sinceramente”

Hch 3,1-10 No tengo plata ni oro, pero te doy lo que tengo.

Sal 104,1-4.6-9 Buscad continuamente su rostro.

Lc 24,13-35 Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos.

Ahora Jesús, sin cuerpo mortal puede estar en todos y en todo; por eso Pedro dice: en nombre de Jesucristo Nazareno: levántate y anda. Y aquel mismo día, Jesús en persona se acercó a caminar con dos de sus discípulos que conversaban y discutían sobre lo acontecido, y sus ojos entristecidos no lo reconocieron cuando se acercó. Se metió en la conversación. Le cuentan que ellos esperaban la liberación de Israel y que después de muerto no sucedió, y que algunas mujeres habían ido al sepulcro y no habían encontrado el cuerpo, aunque sí habían visto una aparición de ángeles que dicen que está vivo, en cambio fueron otros y no lo vieron.

Nosotros hoy día seguimos siendo torpes y necios, con tantas experiencias, con tantas predicaciones y seguimos sin tener una fe sólida, fundamentada. No prestamos mucha atención a su voz, a su palabra. Es frecuente decirnos: ya me la sé. Seguimos sin escuchar. ¡Qué difícil se nos hace la escucha! ¿Acaso no es necesaria la escucha para conocer? Las Escrituras, las predicaciones, los testimonios de vida nos hablan de él, de Cristo Jesús vivo, resucitado.

Cuando le escuchamos, le decimos como ellos: Quédate con nosotros, porque te necesitamos. Jesús siempre se queda con nosotros cuando se lo pedimos y se sienta a comer con nosotros, nos bendice y nos va repartiendo gracia tras gracia. Y aunque ya no lo veamos él sigue a nuestro lado. Arde nuestro corazón y brilla como luz.

El Espíritu de Jesús les hace emprender el camino de vuelta a contagiar lo que hay en su corazón. Buscan la comunidad para compartir su experiencia.

Jueves, 25 de abril 2019

“Le diste el mando sobre las obras de tus manos”

Hch 3,11-26 Pedro dirigió la palabra a la gente.

Sal 8,2a.5-9 ¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él?

Lc 24,35-48 Los discípulos de Jesús contaron lo que les había pasado.

El apóstol aprovecha cualquier momento y circunstancia para dar a conocer lo que lleva en su corazón. Matamos al autor de la vida, pero Dios lo resucita, nosotros somos testigos del milagro de la vida. Dios todo lo hace para nuestro bien. El Dios de nuestros padres, glorifica a Cristo Jesús, al que nosotros maltratamos en nuestros hermanos. Y cuando hablamos de él y de sus cosas, se hace presente en nosotros y nos da la paz.

La ignorancia es mala consejera, pues nos lleva al prejuicio, a la intolerancia, a la incomprensión. Por tanto, escuchemos la palabra de Dios, fundamentemos nuestra fe, para que nuestros pensamientos y sentimientos sean los de Dios. Se nos invita al arrepentimiento y a dejarnos convertir en su amor.

Dios resucitó a su Siervo y os lo envía en primer lugar a vosotros para que os traiga la bendición y os aparte a cada uno de vuestras maldades. ¿Por qué surgen dudas en vuestro corazón? Mirad, no son sólo palabras: soy yo en persona. Tocadme para que veáis que es en la carne en la que me manifiesto.

Comemos con él y a él: su cuerpo y su palabra. Es ahí donde se cumplen las Escrituras. Dejemos al Espíritu que nos abra el entendimiento para comprender.

«Así está escrito: el Mesías padecerá, resucitará de entre los muertos al tercer día y en su nombre, los que se dejen convertir en él proclamarán lo amados y perdonados que somos. Y nosotros somos testigos de este amor sin condiciones ni límites. Es Dios quien actúa en nosotros, en el querer y en el obrar según su voluntad (Flp 2,12).

Viernes, 26 de abril 2019

“Tú eres hijo, no necesitas nada más, las apariencias no son buenas”

Hch 4,1-12 Por este Nombre, se presenta este sano ante vosotros.

Sal 117,1-2.4.22-25-27a La piedra que desecharon los arquitectos...

Jn 21,1-14 Echad la red a la derecha de la barca.

La predicación del nombre de Cristo Jesús siempre atrae, pues, aunque no lo conozcamos, no hay salvación en ningún otro, no se ha dado a los hombres otro nombre por el que debamos salvarnos.

Cuando vamos por la vida sin él, no pescamos nada, vamos de noche, sin luz. Se hace la luz, cuando Jesús se hace presente, es como un amanecer en nuestra vida. Si su palabra nos mueve encontraremos que las cosas nos saldrán mejor, tendrán sentido, encontraremos la verdad. Entonces, escuchando y haciendo lo que nos dice, satisfará el anhelo, la necesidad y nos desbordará para ser testigos de su benevolencia, de su gracia. El amor en nuestro corazón nos lo hará ver: «Es el Señor».

El que está desnudo se arropa y ya no le importa el agua, las dificultades y anima a los demás a acercarse a la Iglesia, y también se responsabilizan cargando con los peces.

Cuando ya están pisando la realidad encuentran que Jesús les está esperando para comer todos juntos, al mismo tiempo que los anima a compartir con los que vienen con ellos: Traed a los que acabáis de acoger.

Simón Pedro subió a la barca y llevó a la Iglesia hasta la nueva realidad, y por muchos que seamos la red no se rompe si está presente Jesús. Es él el que nos dice: «Vamos, almorzad». Y no hace falta preguntarnos nada, pues todos sabemos que estando él en medio de nosotros, todo está bien. Jesús se acerca a cada uno y nos invita a la Eucaristía, a ser uno con él: Toma su Palabra, el pan, su Cuerpo y nos lo da, y lo mismo el cáliz.

Yo soy el que te alimenta y salva.

Martes, 23 de abril 2019

“Abracemos a Cristo Jesús para unir su vida a la nuestra”

Hch 2,36-41 Al mismo Jesús Dios lo ha constituido Señor y Mesías.

Sal 32,4-5.18-20.22 Su misericordia llena la tierra.

Jn 20,11-18 María fuera, junto al sepulcro, llorando.

Cuando se enternece el corazón y la mente está abierta para escuchar, la Palabra traspasa el corazón, y surge la pregunta: ¿Qué tenemos que hacer, hermanos?

Mirad, la promesa vale para todos y para todo tiempo y también el que nos pongamos a salvo de esta generación perversa. Convertíos, y dejaos transfigurar en Cristo; dejaos evangelizar por la Palabra de Dios, porque la palabra del Señor es sincera, y todas sus acciones son leales, por eso recibís el don del Espíritu Santo, pues los ojos del Señor están puestos en los que esperan su misericordia. Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros, como lo esperamos de ti.

El luto por la persona amada supone desconsuelo, tristeza, dolor del corazón; y los ángeles le preguntan: ¿Por qué lloras? ¿Quién es para ti? María responde: es mi Señor, a quién tanto he amado. ¡Si al menos tuviera su cuerpo para tener consuelo en el corazón! No sé dónde lo han puesto.

Jesús está de pie, vivo, pero para verlo tiene que volverse. Si no se da la vuelta, si no se convierte de su forma de ver y pensar no podrá reconocer a Jesús que le dice: **Mujer, ¿por qué lloras?**

Cuando se sabe llamada por su nombre, cuando se siente amada de nuevo, lo reconoce. Y Jesús la apremia a dar la noticia de que está vivo: No me retengas, que todavía no he subido al Padre. Y a nosotros nos reconfortan las palabras que le dice: Diles: “Subo al Padre mío y Padre vuestro, al Dios mío y Dios vuestro”. Y María la Magdalena fue y anunció a los discípulos: «He visto al Señor y me ha dicho esto».

Somos un cuerpo necesitado de conversión.

Domingo, 28 de abril 2019

“Trae tu vida, aquí tienes la mía, déjame redimirte”

Hch 5,12-16 Los apóstoles hacían muchos signos y prodigios.

Sal 117,2-4.22-25-27a Bendito el que viene en nombre del Señor.

Ap 1,9-11a.12-13.17-19 Yo soy el primero y el último, soy el que vive.

Jn 20,19-31 Estaban los discípulos en una casa con las puertas cerradas.

La experiencia de perdón, de la misericordia de Dios son misión del testigo el darlas a conocer, como lo hizo Juan, hermano y compañero en la tribulación, desterrado, por haber predicado la palabra de Dios y dado testimonio de Jesús. Él, el Resucitado, nos impulsa a escribir lo que vivimos.

Cuando Jesús entra en nuestras vidas nos trae su paz, no una paz como la del mundo, sino la que colma nuestras ansias de sosiego, de confianza y que llena de alegría. Es una paz acompañada por el amor del Padre que nos impulsa a dejar a Cristo vivir en cada uno, Cristo en camino hacia el corazón de los demás. Es su Espíritu Santo prometido, que perdona y acompaña.

A veces, necesitamos tocarlo, pues nuestra naturaleza cobarde se resiste a abrir nuestra mente y no le dejamos entrar en el corazón. Necesitamos tocar carne que ama, que se entrega; y aún así, ponemos trabas a creer.

Jesús, aun con las puertas cerradas, si perseveras en el querer se pondrá en medio de ti y te ofrecerá su paz. Nos invitará a ser creyentes, a ver, tocar y creer.

Si le abres tu ser dirás como Tomás: «¡Señor Mío y Dios Mío!», y te darás cuenta de lo torpe y necio que llegas a ser cuando no eres dócil a su voz.

Mira, la Palabra de Dios se nos muestra de muchas maneras, para que creamos que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo tengamos vida en su nombre, en Él.

Pautas de oración

Paz a vosotros



¡Señor mío y Dios mío!

DIOCESIS DE ALCALA DE HENARES